

J. A. Rodríguez
Manfredi

LAS FRONTERAS DEL SER: DESAFÍOS DE LA BÚSQUEDA DE LA PERFECCIÓN HUMANA

La inclinación de nuestra sociedad hacia la innovación tecnológica y la mejora constante de las condiciones de vida es innegable. Pocos rechazarían un tratamiento basado en nanomáquinas circulando por el torrente sanguíneo, si esto supusiera la solución a una enfermedad grave, o una manera de alargar un poco nuestra vida. De manera similar, el uso de gafas, prótesis, y dispositivos médicos implantables (como marcapasos, etc.) se ha convertido en algo tremendamente común.

Aunque esta inclinación no es reciente, en la actualidad se refleja en un entusiasmo e interés cada vez mayor por los avances en biotecnología, inteligencia artificial, nanotecnología molecular, así como en otras áreas que prometen transformaciones significativas, de una manera u otra, en nuestra existencia diaria.

Tal vez sin ser muy conscientes de ello, estamos tomando parte en un movimiento social que está resurgiendo en las últimas décadas: el transhumanismo. Y digo resurgiendo, porque este fenómeno no constituye, de manera alguna, una tendencia de reciente creación.

Podríamos incluso remontarnos a algunas Tradiciones Antiguas, como la Alquimia, que con su búsqueda de la piedra filosofal para la transformación de los metales base en oro y su esfuerzo por lograr la inmortalidad, podría

erigirse como un precursor conceptual del transhumanismo. La idea de transformar y mejorar el ser humano se refleja en la aspiración transhumanista de superar las limitaciones humanas mediante la tecnología. Asimismo, si somos un poco generosos en nuestro razonamiento, también varias tradiciones espirituales y místicas han buscado la perfección del ser humano a través de la purificación, la iluminación espiritual, o la unión con lo divino.

En este sentido amplio y generoso, como digo, aunque el medio y el enfoque difieran significativamente, la meta final de trascender las limitaciones humanas presenta interesantes paralelismos con el objetivo transhumanista de mejorar al ser humano.

En ese sentido, quizás también deberíamos considerar a la Masonería, dado que ésta, con sus principios de mejora personal, búsqueda de la verdad, y el desarrollo de las potencialidades

humanas, comparte con el transhumanismo la idea de la perfectibilidad humana. No obstante, como sabemos, es preciso destacar que la Masonería pone un fuerte énfasis en otros aspectos morales, éticos y espirituales, más allá de que la idea de progreso y mejora podría considerarse un punto de encuentro con el transhumanismo.

No obstante, estrictamente hablando, y aunque podríamos remontarnos al Humanismo Racionalista de la Ilustración, con el Fisicalismo científico y el Utilitarismo de



Stuart Mill, la noción moderna de transhumanismo comenzó a tomar forma más claramente a mediados del siglo XX, a partir de las ideas de Sir Julian Huxley (biólogo, filósofo y escritor británico), recogidas en su ensayo de 1957 titulado "New bottles for new wine". Huxley argumentaba que la humanidad se encuentra en un punto de inflexión crucial, donde tiene la capacidad sin precedentes de dirigir su propia evolución a través de la tecnología, la educación y la planificación social consciente. El autor, hermano del famoso escritor Aldous Huxley, proponía que la especie humana podía (puede) trascenderse a sí misma en su totalidad. Según su planteamiento, para afrontar eficazmente los desafíos y oportunidades de esta nueva era, era (es) necesario adoptar enfoques y estructuras (las nuevas botellas) que pudieran

enorme diversidad de posturas transhumanistas. Bostrom, filósofo y profesor en la Universidad de Oxford, ha sido una voz influyente en la articulación de los riesgos existenciales asociados con la inteligencia artificial y otras tecnologías emergentes. Por su parte, David Pearce es conocido por su trabajo en la filosofía del "hedonismo ético", argumentando a favor de la eliminación del sufrimiento de todos los seres sintientes a través del uso de la biotecnología.

Pero entonces, ¿es posible alcanzar una mejora integral del ser humano en todas sus dimensiones?

El transhumanismo plantea un desafío sustancial de las concepciones tradicionales de la humanidad, al proponer que las limitaciones biológicas, tanto físicas como

Una preocupación central para muchos es si las tecnologías transhumanistas estarán disponibles equitativamente para todos los individuos o si, por el contrario, profundizarán las desigualdades sociales ya existentes en la sociedad moderna.

contener y nutrir el espíritu humano en expansión (el nuevo vino). En este contexto, destacaba la importancia de la transhumanidad como una fase en la evolución humana (en su camino hacia la posthumanidad), en donde debía promoverse una ética de mejora continua del individuo y la sociedad en el que el hombre siga permaneciendo hombre.

Posteriormente, figuras como Nick Bostrom y David Pearce consolidaron este concepto hacia el final del siglo XX. En 1998 cofundaron la World Transhumanist Association (WTA), más tarde renombrada Humanity+, y que nace de la necesidad de crear un foro dedicado a discutir las implicaciones éticas, filosóficas y políticas de utilizar la tecnología para expandir las capacidades humanas, y en el contexto de la

cognitivas, no solo pueden, sino que deben ser superadas. Indudablemente, esto lleva a importantes cuestionamientos sobre lo que significa ser humano, la ética de la modificación humana, o el futuro de la sociedad, que no debemos obviar. Ninguna de estas cuestiones es nueva, pero se abre a un nuevo enfoque a la luz de los rápidos avances tecnológicos actuales que permiten intervenciones sin precedentes en la biología humana.

En tal caso, ¿cabría esperarse de la aplicación de la ciencia y la tecnología más avanzada un humano mejorado en todos los aspectos? O, estableciéndolo en otros términos, ¿hasta qué punto merecería la pena la "inversión" que supondría la enorme transformación que sufrirían los valores éticos, morales y sociales, como precio a pagar

por la mejora del ser humano frente a esas limitaciones que, por otro lado, nos definen como tal?

Y es que la integración de las nuevas tecnologías en la vida humana también nos obliga a reconsiderar nuestras nociones de identidad, autonomía, libertad, justicia y moral, entre otros valores que quedarían transformados. La manera en que estas cuestiones se abordan en el marco del transhumanismo puede ofrecer perspectivas nuevas sobre desafíos antiguos, al tiempo que introduce retos inéditos para nuestra reflexión filosófica, espiritual, y también como Orden.

La respuesta a esas preguntas lanzadas anteriormente no es simple, como podemos imaginar, ya que debería considerarse primero qué constituye una “mejora”, y cuáles son los valores y objetivos que deseamos para la humanidad. Además, por otro lado, ¿dónde estableceríamos la línea divisoria entre curar y mejorar?

Tal vez, no todos los aspectos del ser humano puedan o deban ser mejorados desde una perspectiva tecnológica, en mi opinión, especialmente aquellos que tocan la esencia de nuestras experiencias subjetivas, sensibles,

y relaciones con los demás... en síntesis, lo que nos hace ser humanos.

En tal caso, debemos considerar la ciencia y la tecnología modernas... ¿al servicio del transhumanismo?

Las tecnologías transhumanistas prometen avances significativos en medicina, que ofrecen el potencial de superar enfermedades y discapacidades y, quizás, extender la vida humana. Sin lugar a dudas, muchos verían en estas capacidades una enorme mejora.

Por otro lado, la potenciación de las capacidades cognitivas, o el fortalecimiento del bienestar emocional podrían permitir alcanzar mayores logros, y experimentar una mejora sustancial en nuestra salud y calidad de vida.

En la actualidad, el estado de las inteligencias artificiales, o el conocimiento que brinda la neurociencia ya están jugando un papel crucial en el fomento y la consolidación de la tendencia transhumanista dentro de nuestra sociedad.

Por ejemplo, los diversos avances en Inteligencia Artificial ya pueden incrementar las capacidades cognitivas humanas mediante interfaces avanzadas, asistencias



personalizadas, y sistemas de mejora cognitiva. Esto incluye aplicaciones educativas personalizadas que se adecúan al estilo de aprendizaje y percepción de cada individuo, o el desarrollo de sistemas de soporte a la decisión que complementan nuestro procesamiento cognitivo, y nos permiten tomar decisiones más rápidas y precisas. Otras interesantes aplicaciones se están produciendo en los ámbitos de la investigación y la salud, posibilitando el rápido descubrimiento de nuevos fármacos, la obtención de diagnósticos más precisos, o la personalización de tratamientos médicos para cada paciente, por mencionar algunos avances.

Por su parte, los neurocientíficos están desempeñando un papel también clave en la comprensión de cómo funciona nuestro cerebro, con significativas implicaciones para la sociedad. Estos avances no solo están proporcionando una comprensión sin precedentes de la biología subyacente de la cognición, la emoción y la conciencia, sino que también están abriendo nuevas posibilidades para mejorar y expandir las capacidades humanas, como son las impulsadas por el transhumanismo.

En pocos años tendremos un mapa detallado del cerebro humano, lo que nos permitirá avances en el diagnóstico y tratamiento de trastornos neurológicos, o en la mejora de las funciones cerebrales normales. Estos avances, conjuntamente con el descubrimiento de la neuroplasticidad (es decir, la capacidad del cerebro para modificar su estructura y funcionamiento, en respuesta a nuevas experiencias), está revolucionando nuestra comprensión de la capacidad de aprendizaje y adaptación del cerebro. Este

conocimiento tiene implicaciones enormes en ámbitos como la rehabilitación neurológica, el aprendizaje o la educación.

Llegados a este punto, quisiera destacar que deliberadamente he dejado fuera de esta discusión la posibilidad de volcar nuestra mente, de transferir nuestra conciencia, a un medio no biológico, en una Inteligencia Artificial o un ordenador, ensoñación de algunos que todavía queda en el ámbito de la fantasía o de la Ciencia Ficción. Y es que este concepto, aunque aun tecnológicamente distante, puede plantear profundos interrogantes filosóficos sobre si la mente y la conciencia pueden ser separadas de su sustrato biológico, y si una mente inmortal y digitalizada seguiría siendo la misma conciencia, o simplemente una copia. ¿La



conciencia es meramente un conjunto “de procesos”, “de algoritmos computacionales” que pueden ser replicados digitalmente?.

En fin, aparentemente, ninguno de esos avances que mencionábamos nos causaría pesar moral alguno, en tanto y en cuanto no sobrepasan ninguna de las líneas rojas éticas que pudiéramos considerar en la sociedad actual.

Pero, ¿y si la Inteligencia Artificial estuviese siendo empleada para la manipulación de la vida humana en sus etapas más tempranas, tal como ocurre en la selección de embriones humanos de manera automática, descartando aquellos considerados menos óptimos? ¿Haría esta aplicación cambiar nuestro parecer?

Por otro lado, en poco tiempo, seremos testigos de que la aplicación de neurotecnologías y neuroprótesis permitirá la conexión directa entre dispositivos externos y el sistema nervioso, pudiéndose modificar el



funcionamiento normal del cerebro y la integridad del individuo. O también la investigación del proceso de toma de decisiones de compra, por ejemplo, a través de estudios directos de la actividad neuronal, a través de esos dispositivos, corriendo el riesgo de poder ser manipulados a la hora de elegir lo que compraremos y, por supuesto, la pérdida de la propia privacidad del sujeto.

Es más, todo este escenario que hemos dibujado me plantea una cierta interrogante: ¿podríamos acaso estar delegando sobre tales avances tecnológicos (estas tecnologías: la IA,...), decisiones de una profundidad ética, como mínimo, compleja y debatible, que deberíamos tomar los humanos?

Sin duda, estos avances científicos y tecnológicos abren ante nosotros unas grandes y esperanzadoras, para muchos, oportunidades de trascender a la naturaleza humana y al conocimiento, pero quizás la pregunta sería... ¿a costa de qué?

Impacto en la ética, la moral y en la propia naturaleza del ser humano.

Las consideraciones morales del transhumanismo son amplias y muy profundas, como brevemente hemos empezado a apuntar.

Aspectos fundamentales de la ética y la identidad como individuos y como sociedad, están ya siendo puestas a prueba de manera cotidiana. Y es que el diálogo ético y moral en torno al transhumanismo debería ser prioritario y esencial, para considerar y establecer cuidadosamente las políticas y estrategias que guíen el desarrollo de esas tecnologías de mejora humana, de manera responsable y justa.

Una preocupación central para muchos es si las tecnologías transhumanistas estarán disponibles equitativamente para todos los individuos o si, por el contrario, profundizarán las desigualdades sociales ya existentes en la sociedad moderna. La mera posibilidad de que solo una élite pueda permitirse mejoras genéticas, cibernéticas o bioquímicas plantea serias cuestiones sobre la justicia y la equidad.

Si lo analizamos de manera exhaustiva, el transhumanismo desafía las concepciones tradicionales de lo que significa "ser humano", como hemos comentado. La modificación de ciertas capacidades intrínsecas, nos llevarán, por tanto, a cuestionarnos la identidad del individuo en sí, y la autenticidad de las experiencias que vivimos.

Así pues, ¿hasta qué punto estas mejoras

alteran lo que somos como especie y como individuos? O, en otros términos, ¿dónde fijaríamos el límite en el que empezaríamos a considerar que estamos socavando la dignidad inherente al ser humano, lo que nos hace precisamente “ser humanos”, y nuestros valores morales fundamentales? ¿Estaríamos ante una depreciación de la condición humana tal y como es? ¿O estaríamos ampliando la concepción de la dignidad humana en pro de lo que supondría una dignidad poshumana? Y, quizás igualmente delicado, ¿cómo podríamos preservar el derecho a pronunciarnos, a la autonomía personal, en aquellas decisiones adoptadas por otros, que puedan afectar profundamente a nuestras capacidades o perspectivas de vida?

Algunos autores proponen que únicamente habría que promover aquellas mejoras que ofrecieran beneficios intrínsecos a toda la humanidad, y no meras ventajas posicionales. Esos beneficios intrínsecos serían, por ejemplo, mejorar el sistema inmunitario, el funcionamiento cognitivo, o revertir urgentemente el envejecimiento. En síntesis, “potenciar los medios de explorar el amplio espacio de los posibles modos de ser”, limitado ahora por nuestra propia biología, y mediante los cuales pudiéramos alcanzar modos más valiosos: modos de vivir, modos de pensar, de sentir, de relacionarnos.

Pero tampoco debemos olvidar los riesgos y consecuencias que puedan ocasionarse del uso precipitado y descontrolado de las intervenciones transhumanistas. Las implicaciones a largo plazo en la biología humana o el ecosistema natural son, en gran parte, desconocidas, y no sería la primera vez que asistimos perplejos a las consecuencias imprevistas de usos inapropiados inducidos

por la euforia desmedida. Ante alguna de esas situaciones indeseables, ¿quién sería responsable de tales consecuencias? O ¿cómo se regularía el desarrollo o el uso de dichas tecnologías para evitar abusos o errores catastróficos?

Debemos ser conscientes, de que hay una posibilidad real de que la tecnología pueda usarse para cambiar la naturaleza humana en los próximos años.

Además, siendo conscientes de nuestro papel en la Tierra, en la naturaleza, ¿deberíamos tener en cuenta la responsabilidad que le debemos a las otras formas de vida que coexisten con nosotros, en tanto que nuestras actuaciones pueden tener un importante impacto inesperado en la biodiversidad y en la naturaleza?

Así pues, en conclusión, en tanto que esta tendencia tiene el potencial de impactar de manera global a toda la sociedad, a la naturaleza, creo que sería de desear que ese diálogo incluyera a todas... o a la mayor



parte de las posibles voces y perspectivas: enfoques filosóficos, científicos, políticos, por qué no, espirituales, además de la población general... aunque soy consciente de la dificultad de implementar este diálogo. No obstante, esa reflexión profunda sería la única forma de garantizar que el futuro del transhumanismo esté alineado con valores éticos compartidos, se promueva el bienestar de todos los seres humanos en su conjunto, y en consideración de los costes y riesgos asociados.

Quizás pudiera tener sentido un transhumanismo democrático, en el que alcancemos un mejor futuro poshumano, una vez garantizadas que las tecnologías son seguras, que estén disponibles para todos, y

asegurando el respeto a que cada individuo controle y decida qué aplicar, todo ello bajo un marco regulatorio que ofrezca esas garantías, seguridad y accesibilidad para todos.

En última instancia, debemos esforzarnos por mantener un equilibrio prudente entre la innovación y el reconocimiento de nuestras inherentes vulnerabilidades humanas. Esto es crucial. Aceptar que ciertas limitaciones pueden ser intrínsecas y valiosas es esencial para garantizar que la búsqueda de mejora no desplace los principios éticos fundamentales, ni degrade la rica diversidad de la experiencia humana. La clave puede residir en fomentar una cultura de reflexión ética y responsabilidad, donde la tecnología y la ciencia sirvan a la humanidad... y no al contrario.

